

# La cristología de Justino gnóstico

[Hipol., Ref. V 26,29-32]

Sobre el *Libro de Baruc* del gnóstico Justino guardan alto silencio las Patrologías. La crítica reciente se ha ocupado de él<sup>1</sup>. Nadie, sin embargo, ha sometido a particular análisis las cortas líneas que consagra a la cristología<sup>2</sup>. Se las debemos, igual que los demás fragmentos del *Libro de Baruc*, al Elenchos (=Ref) de Hipólito. En su brevedad contienen noticias de verdadero interés. Helas aquí:

Por último, en los días del rey Herodes (cf. Lc 1,5)<sup>3</sup> es enviado nuevamente Baruc<sup>3 bis</sup> para abajo (al mundo) por Elohim (=Yahvé)<sup>4</sup>, y viniendo a Nazaret, halló a Jesús, hijo de José y de María, niño de doce años, que apacentaba ovejas. Y le anuncia desde un principio (ἀπ' ἀρχῆς)<sup>5</sup> todas las cosas que fueron hechas a partir de Edén y de Elohim (πάντα ὅσα ἐγένετο ἀπὸ τῆς Ἐδέμ καὶ τοῦ Ἐλωείμ)<sup>6</sup> y las que tendrán lugar después (μετὰ ταῦτα ἐσόμενα). Y dijo(le): "Todos los profetas anteriores a ti fueron corrompidos (ὁπεσώρησαν)"<sup>7</sup>. Procura, pues, Jesús, hijo del hombre, no ser corrompido; mas predica este mensaje (τοῦτον τὸν λόγον) a los hombres y anúnciales

<sup>1</sup> Merecen singular atención dos artículos: E. HAENCHEN, *Das Buch Baruch, ein Beitrag zum Problem der christlichen Gnosis*, en ZThK 50 (1953) 123-158; M. SIMONETTI, *Note sul Libro di Baruch dello gnostico Giustino*, en Vetera Christianorum 6 (1969) 71-89.

<sup>2</sup> Algo dice HAENCHEN, *a. c.*, 154, 156 y 157 s.

<sup>3</sup> Véase W. BAUER, *Das Leben Jesu*, Tübingen (1959) 511.

<sup>3 bis</sup> Háblalo sido antes a los ángeles de Edén (Ref V 26,22), a Moisés (26,24), a los profetas (26,26) y a Hércules (26,27).

<sup>4</sup> Cf. SIMONETTI, *a. c.*, 74-76.

<sup>5</sup> Cf. *I Clem 31,1*, y mejor aún, *Hermas, Sim IX 11,9*.

<sup>6</sup> Probablemente, con arreglo a un simbolismo espontáneo, "a partir de la Tierra (=Edén) y del Cielo (=Elohim)". Cf. Ref V 26,36 (en exégesis a Is 1,2).

<sup>7</sup> Cf. *Io 10,8?*

lo relativo al Padre (Elohim) y lo relativo al Bueno. Y sube hacia el Bueno (πρὸς τὸν Ἀγαθόν)<sup>8</sup> y siéntate allí con Elohim, el Padre de todos nosotros<sup>9</sup>. Y Jesús obedeció al ángel (Baruc) diciendo: "Señor, todo lo haré." Y predicó. Quiso, pues, Naás seducir también a éste, mas no pudo, porque permaneció fiel a Baruc. Airado, pues, Naás por no haber podido seducirle, hizo que fuera crucificado. El, empero (=Jesús), habiendo abandonado en la cruz (πρὸς τὸ ξύλον)<sup>10</sup> el cuerpo de Edén, subió al Bueno. Y diciendo a Edén (cf. Io 19,26): "Mujer, recibes (ἀπέχσεις) a tu hijo", esto es, al hombre animal y al terreno; y depositando (παραθέμενος) el espíritu en manos del Padre (cf. Lc 23,46), subió personalmente al Bueno<sup>11</sup>.

Jesús se presenta como "hijo de José y María" (οἶόν τοῦ Ἰωσήφ καὶ Μαρίας). La crítica descubre unánime en la cláusula el origen de Jesús, puro hombre, del matrimonio entre José y María<sup>12</sup>. Yo no lo veo. "Hijo de José y María" individúa simplemente a Jesús. A juzgar por el recurso a Lc 1,5 implícito en su presentación cronológica ("en los días del rey Herodes") y a Lc 23,46 (*in fine*), Justino hacía uso del tercer evangelio, incluidos los capítulos de la infancia. Ningún gnóstico, que haya acogido íntegro a Lucas, negó la virginidad de María<sup>13</sup>.

Más aún, la frase crítica está directamente inspirada en Lucas. El adjetivo δουδευκαετής aplicado por el gnóstico al pastorcito Jesús refleja claramente a Lc 2,42 (ὅτε ἐγένετο ἐτῶν δώδεκα)<sup>14</sup>. Justino ha leído las palabras (Lc 2,48): "Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que *tu padre y yo* (ἰδοὺ ὁ πατήρ σου καὶ γὼ), apenados, andábamos buscándote." María, al encontrar a su hijo en el Templo, y mentarle la angustia de *su padre y ella*, no comprometió el misterio del origen virginal de Jesús. Igual ahora. Justino, inspirado en la escena, introduce a Baruc frente al Niño Jesús, 'hijo de José y de María'.

Tampoco el apelativo 'hijo del hombre' otorgado por Baruc

<sup>8</sup> SIMONETTI, *Testi gnostici cristiani*, Bari (1970) 52 ss., traduce siempre τὸν Ἀγαθόν por *el Bien*. Justino emplea el masculino, en consonancia con Mc 10,18 *et par.* Cf. Iren I 20,1. Véase BAUER, *Leben Jesu*, 330; HAENCHEN, *a. c.*, 142.

<sup>9</sup> Cf. Ref V 26,1. Véase SIMONETTI, *Libro di Baruch*, 74, n. 13.

<sup>10</sup> Literalmente "al leño". Según Justino, el árbol de la vida (Gen 2,9) era Baruc; el de la ciencia, Naás: Ref V 26,6 y 22.

<sup>11</sup> Ref V 26,29-32. Puede verse HAENCHEN, *a. c.*, 153 s.

<sup>12</sup> Así, HAENCHEN, *a. c.*, 153, 156 y 158; SIMONETTI, *a. c.*, 85.

<sup>13</sup> Los Ebionitas rechazaban a Lucas (Iren I 26,2). De Cerinto y Carpócrates se presume lo mismo. Al menos no consta hayan empleado el tercer Evangelio. Véanse los testimonios señalados por BAUER, *Leben Jesu*, 30-32.

<sup>14</sup> Prescindo de algunas variantes de Lc 2,41 (codd it) *Joseph et Maria*. Véase HAENCHEN, *a. c.* 143, n. 0 (11).

al niño (26,30) prueba nada<sup>19</sup> a favor de su origen no virginal. Los gnósticos gustaban de él por su ambigüedad y riqueza de significados<sup>16</sup>.

Jesús ciertamente poseía un cuerpo de carne. Su origen *ex Maria* le distanciaba del 'Jesús de la economía' característico de los valentinianos, nacido *per Mariam*<sup>17</sup>. Para los discípulos de Valentín la virginidad de María era una prueba de la índole no corpórea (=carnal) de Jesús.

Mas no faltaban sectarios que enseñasen ambas cosas: la índole carnal del cuerpo de Jesús, y su nacimiento de madre virgen<sup>18</sup>.

El problema inicial de la cristología del *Libro de Baruc* está en si Jesús era Hijo de Dios, además de hijo del hombre. Mientras no se demuestre su estricta filiación de José, es inútil impugnarlo.

¿Bastan las líneas de Justino para despejar por otros caminos la incógnita?

\* \* \*

¿Estaba Jesús constituido como los demás hombres? Para descubrirlo conviene ir al Calvario. Lo que en la cruz abandona, denuncia lo que tenía. Las sustancias que va dejando, y el orden en que las aparta de sí, indican a un somero análisis su constitución física:

1) *el cuerpo carnal*, visible, como el de los demás mortales. Justino no le caracteriza según el Génesis<sup>19</sup>. A él alude con mucha probabilidad en 26,32 al distinguir el hombre animal del terreno (*χοϊκός*). Jesús lo abandona a la propia cruz (*πρὸς τὸ ξύλον*)<sup>20</sup>. Y como nacido *de María*, no tuvo reparo en encomendárselo a su madre (según Io 19,26).

2) *el alma irracional* (humana), de la misma esencia que la psique irracional (de los brutos); y sólo distinta de ella, por ha-

<sup>19</sup> Como apunta HAENCHEN, *a. c.*, 153. Sobre su alcance, en seguida.

<sup>16</sup> Cf. F. M. SAGNARD, *La Gnose valentinienne*, Paris (1947) 317, n. 1.

<sup>17</sup> Véanse los testimonios en BAUER, *o. c.*, 37 ss.

<sup>18</sup> Son clásicos los dos Teódotos, el botero y el banquero. Cf. HIPOL., *Ref. VII 35 (X 23)*; C. NOËTUM, 3 (para el botero). *Ref. VII 36* (para el banquero). Otros pasajes en BAUER, *o. c.*, 32, n. 1.

<sup>19</sup> La noticia de 26,7 se refiere al alma *irracional* (corpórea) tomada —para los hombres— de la parte (o *sôma*) superior de Edén, y —para los brutos— de la inferior. De otra manera se expresa SIMONETTI, *Testi gnostici cristiani*, Bari (1970) 53, n. 87.

<sup>20</sup> *Ref. V 26,31*: "El, empero, habiendo dejado *al leño* el cuerpo de Edén, subió para el Bueno."

ber venido de la parte superior de Edén<sup>21</sup>. A su primera creación hace referencia 26,7 en exégesis a Gen 2,7. Justino la engloba con la carne visible, bajo la denominación de 'cuerpo de Edén'; le distingue con probabilidad (en 26,32) del cuerpo visible, a título de 'hombre psíquico'<sup>22</sup>. Unida siempre, por necesidad, al *sôma*, recibióla Jesús de su madre, y se la consignó asimismo con él<sup>23</sup>.

3) *el espíritu*, procedente de Elohim al margen —a lo que parece— de las noticias del Génesis, de naturaleza racional y, como su padre, ignorante del reino superior divino (26,1), aunque inclinado, contrariamente al alma (Edén), a él (26,14). Constituye la mente (resp. espíritu racional) de Jesús, y en la cruz pasa (según Lc 23,46) a manos del padre Elohim.

4) *la persona* de Jesús, que abandonó el cuerpo a la cruz, el alma (irracional) a Edén, su madre, y el espíritu (=alma racional) a Elohim. El que luego (*αὐτὸς δὲ*) subió derecho al Bueno<sup>24</sup>.

Todos los hombres están en posesión de los tres primeros elementos. El espíritu de Elohim se halla en ellos<sup>25</sup> junto con el alma (irracional) de Edén. Hombres y mujeres testifican de consuno en su interior la lucha del alma con el espíritu (de la concupiscencia con la razón) [cf. Gal 5,17]<sup>26</sup>.

A poseer el hijo de María la misma constitución que los demás, ¿qué indicaría aquel *αὐτὸς*, distinto del cuerpo, alma y espíritu, de quienes se libera en la cruz para subir al Bueno?

Nada en el *Libro de Baruc* autoriza a extender a todos un elemento que espontánea y derechamente, liberado de los 'tres humanos', suba al Bueno. El fenómeno, exclusivo de Jesús, tiene

<sup>21</sup> Así entiendo el *δίσωμος* (resp. *δίγνωμος*) de 26,7. El Alma (=Edén), a diferencia del *Logos*, característico de Elohim, es en su integridad *διλογος* (=διλογη 26,1); aunque, común a hombres y a brutos, parezca tener doble cuerpo. Puede verse HAENCHEN, *a. c.*, 125 y 149.

<sup>22</sup> Según exégesis paulina, similar a la de Exc. ex Theod. 51,2 s. Cf. HAENCHEN, *a. c.*, 139.

<sup>23</sup> JUSTINO, reticente para el *sôma* visible, menciona el alma como característica del principio femenino: ignorante (26,37), contraria a la razón (26,25), dominada por el amor (inclinación *física*) a la materia (26,14). Véase HAENCHEN, *a. c.*, 149 s.

<sup>24</sup> 26,31 y 32 (*ἀνῆλθε πρὸς τὸν Ἀγαθόν*).

<sup>25</sup> Ref V 26,21: "El padre Elohim envía a Baruc, el tercer ángel de los suyos (*τῶν ἑαυτοῦ*), en ayuda del espíritu que está en todos los hombres (*τῷ ὄντι ἐν τοῖς ἀνθρώποις πᾶσι*)". Y sobre todo 26,25: "Mas el tercer ángel (de Edén) por medio del alma que (procedente) de Edén habita en Moisés, *igual que en todos los hombres*, ensombreció las órdenes de Baruc e hizo oír (con obediencia) las propias. Por eso el alma se ha situado frente al espíritu y el espíritu frente al alma. Porque el alma es Edén, y el espíritu, Elohim; *ambos residen en todos los hombres, hembras y varones.*"

<sup>26</sup> Véase HAENCHEN, *a. c.*, 151.

una sola explicación. El hijo de María es *personalmente* Hijo del Bueno; y no al modo de los pneumáticos valentinianos, sino por privilegio único<sup>27</sup>.

\* \* \*

Justino omite muchas cosas. A pesar de haber conocido a Lucas, silencia el misterioso origen de Jesús. En cambio, da relieve singular a la visita del ángel Baruc, predilecto de Elohim<sup>28</sup>. La escena ocurrió extrañamente 'en los días del rey Herodes', según cronología poco feliz, inspirada en Lc 1,5<sup>29</sup>.

Era a la sazón pastor. Tales habían sido antes Moisés, David y Amós<sup>30</sup>. Pastoreando ovejas, anticipaba quizá Jesús la misión a que le llamaba el cielo. San Justino y San Ireneo habían descubierto en el oficio de carpintero el misterio de su destino a la cruz<sup>31</sup>. ¿Vio nuestro autor algún misterio especial en el oficio de pastor?

Tenía Jesús doce años. Justino siente predilección por el Doce. Doce ángeles atribuye a Elohim, y otros tantos a Edén (26,3 s.)<sup>32</sup>. Doce habían sido los trabajos de Hércules (26,27 s.). Aparte infinitas posibles alusiones<sup>33</sup>, los doce años de Jesús, en Nazaret, obedecen al tercer evangelio. La escena del Niño en el Templo, entre los doctores (Lc 2,42), ocurrió a los doce de su edad.

Para Justino la escena lucana autenticaba la madurez del Niño. Una madurez, siquiera relativa, que le disponía al mensaje de

<sup>27</sup> La ausencia del *μονογενής*, denunciada por HAENCHEN (*a. c.*, 145), nada significa. Hijo del Bueno (resp. Hijo del Dios verdadero), no entraña por necesidad en Justino la distinción personal entre Jesús y el Bueno. Bien pudo ser el gnóstico modalista, a la manera de Simón Mago (Iren I 23,1).

<sup>28</sup> Predilecto, como tercero de los Doce ángeles de Elohim; igual que Naás lo era de Edén, como tercero de sus Doce ángeles. Ref V 26,3.4. Entre los maniqueos adquirió suma importancia el *tertius legatus*. Véase últimamente Fr. DECRET, *Aspects du Manichéisme dans l'Afrique Romaine*, Paris (1970) 236-2 y 269,1; y antes, A. V. W. JACKSON, *Researches in Manichaeism*, New York (1932) 279; Fr. CUMONT, *Recherches sur le Manichéisme*, I (Bruxelles 1908) 58-63. Puede verse HAENCHEN, *a. c.*, 137 s.

<sup>29</sup> Mejor que en Mt 2,1. Cf. BAUER, *Leben Jesu*, 511. Cree HAENCHEN (*a. c.*, 139) pudo haber procedido del Evang. de los Ebionitas. Es un decir. Véase n. 13.

<sup>30</sup> Para otros ilustres pastores, BAUER, *o. c.*, 315, n. 2. HAENCHEN (*a. c.*, 129, n. 2) señala algunas conjeturas.

<sup>31</sup> JUST., *dial* 88,8; IREN., II 34,4. Véase J. DANÉLOU (*La charrue et la hache*) en *Les symboles chrétiens primitifs*, Paris (1961) 95 ss., sobre todo 99 s.

<sup>32</sup> La noticia de *Pistis Sophia*, c. 61 —de algún parecido con la nuestra— omite los años del Niño. Cf. BAUER, *Leben Jesu*, 98 s.

<sup>33</sup> Véase J. DANÉLOU, *Les symboles chrétiens primitifs*, Paris (1961) 131-142 (*Les douze apôtres et le Zodiaque*).

Baruc. Como había oído y aun preguntado a los doctores (Lc 2,47) que le escuchaban con estupor, podría tal vez anunciar a otros los misterios de Elohim. ¿No hubo mayor misterio?

Baruc encontró a Jesús. No era la primera vez que se presentaba a los hombres, enviado por Elohim. Traía un mensaje para él. Y le anuncia desde un principio (ἀπ' ἀρχῆς) todas las cosas que fueron hechas a partir de Edén y de Elohim, y las que tendrán lugar después (26,29).

El mensaje contiene dos partes: a) todas las cosas que fueron hechas a partir de Edén y de Elohim; b) las que vendrán después de ellas. La frase ἀπ' ἀρχῆς... πάντα ὅσα ἐγένετο recuerda demasiado a Io 1,3 (ἐν ἀρχῇ... πάντα δι' αὐτοῦ ἐγένετο). Justino evita de intento la mención del Logos; en su lugar escoge la partícula ἀπό. Quiere descubrirle la historia de la acción de Elohim y de Edén, a lo largo del A. T. Todo ha sucedido a impulsos de ellos dos, instrumentos de una economía más alta.

\* \* \*

Le declara la pugna entre el espíritu de Elohim y el alma de Edén, en cada uno de los hombres. El espíritu de Elohim los solicita a subir; el alma de Edén, a bajar. Todo ello a raíz de un magno pecado de origen.

Fue el pecado que Taciano atribuye al Alma, por no querer seguir al Espíritu. El cotejo resulta elocuente:

*Justino gnóstico (26,14)*

Tras de haber creado y ordenado el mundo para común satisfacción, Elohim quiso subir a las partes elevadas del cielo... y tomó consigo a sus ángeles. Tendía, en efecto, por natura al alto. Y dejó a Edén abajo. *Porque ella*, que es la Tierra, *no quiso seguir a su esposo* a lo alto (καταλείπων τὴν Ἐδὲμν κάτω· γῆ γὰρ οὐσα ἐπακολουθεῖν ἄνω τῷ συζύῳ οὐκ ἐθέλησεν).

*Taciano (ad graecos 13)*

Por eso, cuando el Alma vive sola, se inclina hacia abajo, a la materia, muriendo junto con la carne. Mas *formando matrimonio* con el Espíritu de Dios, ya no carece de ayuda y se levanta a las regiones adonde el Espíritu la guía. Porque la morada del Espíritu está en lo alto; mas el origen del Alma está abajo. En un principio el Espíritu habitaba junto con el Alma. Mas *al no querer* (ella) *seguirle*, el Espíritu *la había abandonado* τὸ δὲ πνεῦμα ταύτην ἐπεσθαι μὴ βουλομένην αὐτῷ καταλέλοιπεν).

En un principio, Elohim y Edén, el Espíritu y el Alma, convivían pacíficos en matrimonio. Mas cuando el Espíritu (Elohim) quiso levantarse con el Alma (Edén) a las alturas, rompióse el

matrimonio. El Alma no quiso seguir al Espíritu. Edén rehusó acompañar a Elohim. En consecuencia, Elohim quedó arriba. Edén, amiga natural de la materia, abajo, dueña del mundo<sup>34</sup>.

Ahí estuvo el pecado del Alma, de Edén. Y por él mereció la separación del Espíritu, de Elohim. Un alma que unida en matrimonio por Dios con el espíritu, es impulsada con él hacia Dios, y prefiere abandonarle por unirse a la materia, comete adulterio. Y no sólo falta al espíritu, sino a Dios, a quien él la conducía.

El *Libro de Baruc* no menta el término 'pecado'; ni a una primera lectura permite —si le hubo— definirlo. El paralelo con Taciano es aquí decisivo<sup>35</sup>. “La fatalidad del mal” (ἡ τῆς κακίας ἀνάγκη) vino por culpa de Edén, del Alma; en modo alguno por la del Espíritu<sup>36</sup>. El propio Justino, sin ayuda de Taciano, lo da a entender.

... a manera de río una corriente de mal (ῥεῦμα κακίας) rodea de continuo al mundo, con arreglo al deseo de Edén (κατὰ θέλησιν τῆς Ἐδέμ). La necesidad, empero, del mal vino a producirse de una tal causa... (y sigue la narración arriba transcrita)<sup>37</sup>.

El mito de la secesión entre Elohim y Edén declara efectivamente el flujo del mal que domina y rodea el mundo, *por culpa* o deseo de *Edén*.

A raíz del pecado del Alma (=Edén) apareció “la necesidad del mal” en el mundo. Mas no porque fuera necesario. Puesta libremente la causa, síguese por necesidad el efecto.

Tan trágica es la concepción de Taciano (*ad graecos* 13) como la del Libro de Baruc. Sobre todo en su inmediata versión terrena. La separación entre Adán y Eva —silenciada por Justino— traduce en forma visible el pecado del Alma contra el Espíritu, de Edén contra Elohim. Eva, nueva Edén, no quiso seguir a Adán y cayó en poder de las pasiones.

Desde entonces el hombre es teatro de un drama continuo interno, entre lo irracional, que apetece la materia y lo racional dominado por aquél.

La situación, a raíz de la separación entre el espíritu y el alma (irracional), es de inferioridad absoluta para el espíritu. Se-

<sup>34</sup> Cf. M. ELZE, *Tatian und seine Theologie*, Göttingen (1960) 94 ss.; y mi art. *El pecado de Eva, signo de división* (en *Orient. chrit. per.* 29, 1963) 318 ss.; E. PETERSON, *Frühkirche...*, 205 s.

<sup>35</sup> Caen por la base algunas consideraciones de HAENCHEN, *a. c.*, 147, y sobre todo, 156.

<sup>36</sup> Según trasparente de la exégesis de SIMONETTI, *a. c.*, 84.

<sup>37</sup> *Ref V* 26,13 s.

parado de su padre bajo el dominio de Edén, arrastra una existencia dominada por el alma (resp. concupiscencia) irracional<sup>38</sup>.

Según el mito de Justino, deseó Elohim —en su vuelo hacia arriba— llevarse a sus ángeles (26,14); no lo consintió el Bueno (26,16), y tuvo que dejarles aquí. Elohim no cesa de intervenir dinámicamente en la tierra, mediante sus ángeles; pero en desequilibrio respecto a Edén. El triunfo será siempre de Edén y de sus pasiones, mientras no venga uno que redima al espíritu de Elohim.

Baruc ha intentado, como ángel de Elohim, venir en auxilio del espíritu cautivo. Varias veces se presentó entre los hombres: a Moisés, a los profetas, y aun a Hércules. Siempre con igual fracaso. Por último, se le aparece a Jesús.

Le notificã las dos economías, del Antiguo y Nuevo Testamento. Y le agrega en forma sintomática:

“Todos los profetas antes de ti (οἱ πρὸ σοῦ) fueron corrompidos.”  
Procura, pues, Jesús, hijo del hombre, no ser corrompido...

Justino piensa tal vez en *Io* 10,8: “Todos cuantos vinieron eran ladrones y salteadores; pero las ovejas no los oyeron.” Los valentinianos habían aducido el verso en desprestigio de los profetas y aun de toda la economía, *ignorante*, del A. T.<sup>39</sup> En labios de Baruc el oráculo esconde otro matiz<sup>40</sup>.

“Todos los profetas antes de ti —aquí entrarían, además de Moisés y los profetas y Hércules, los justos de la Antigua Ley— fueron corrompidos (ὕπεσώρησαν).” Entiéndase “por el enemigo (Naás)”.

El verbo ὑπεσώρω lo repite el Libro de Baruc (26,29, 29-31) cinco veces, en cortas líneas, para olvidarlo en seguida. A juzgar por el contexto, más que por otros paralelos<sup>41</sup>, esconde un significado análogo al ἐξαπατάω de 26,23<sup>42</sup>. Los profetas fueron *seducidos* por Naás; *corrompidos*, arrastrados a la *libido*. El enemigo introdujo en ellos, sin excepción, la *energía* o efluvio suyo característico<sup>43</sup>.

¿Qué cabía esperar de unos profetas que se decían de Elohim,

<sup>38</sup> Véase 26,23 s. y 25.

<sup>39</sup> Cf. *Ref VI* 35,1. Puede verse CLEM. AL., *Strom I*, 17,81 l ss.

<sup>40</sup> Que asoma quizá en *ps. clem. Homil III* 52,1 (αἱ ἐν γεννητοῖς τῶν γυναικῶν προφητεῖαι). Los profetas nacidos de mujer (por vía ordinaria) se hallarían —a diferencia del *Verus propheta*— dominados por lo femenino. Pueden verse los testimonios alegados por G. STRECKER, *Das Judenchristentum in den Pseudoklementinen*, Berlin (1958) 178 s. y 184,1.

<sup>41</sup> Véase SAN METODIO, *Sympos.*, I, 1,13; CLEM. AL., *Strom IV*, 3,8,4; VII, 16,105,1.

<sup>42</sup> Cf. *Gen*, 3,13; 2 *Cor*, 11,3. Puede verse HAENCHEN, *a. c.*, 134.

<sup>43</sup> Según 26,6, el árbol de la Gnosis (*Gen* 2,9) era Naás. Su acto,



pero que, dominados infaliblemente por la *energía* de Naás, se apartaban de Elohim, o por lo menos contaminaban Su espíritu? Lejos de recibir el espíritu inherente a los mortales, esclavizaban el suyo a la concupiscencia de Naás.

Entendemos por qué Baruc apareció a Jesús, niño de doce años. En esa edad se presenta el *jezer*, impulso contrario a la ley de la mente (cf. Rom 7,23)<sup>44</sup>, a modo de cizaña en campo de trigo<sup>45</sup>. Todos los hombres han sucumbido a la concupiscencia, *seducidos* como Hércules por Afrodita. Han contaminado sus obras y profecías, haciéndose ineptos para anunciar el bien y redimir a otros del mal<sup>46</sup>.

La visita de Baruc al pastorcito Jesús, a que sigue el intento fracasado de Naás, denuncia un sentido bien claro<sup>47</sup>. Aquel niño de doce años, *hijo del hombre* (aunque Hijo también de Dios), nunca sentirá la ley de la carne. Edén, lo iracundo y irracional, lo maligno, jamás tomarán posesión de él, aunque viva en carne. Más aún, puro siempre como un niño, será idóneo para anunciar el bien y redimir el espíritu contaminado de sus hermanos los hombres.

Tan singular privilegio evocaba en Justino 'a contrario' la escena del Paraíso. Desde Adán y Eva (26,23) todos los hombres sucumbían, hacia los doce años, a la concupiscencia, y por su medio, al enemigo.

Se adivina lo que para la misión redentora de Jesús representaba el fenómeno.

A juzgar por el diálogo entre Baruc y el pastorcito, la cosa se deslizó con sencillez. Baruc le previno de la seducción que no tardaría el enemigo en intentar contra él.

“Trata, pues, oh Jesús, hijo del hombre, de no ser corrompido (por Naás), y predica este mensaje a los hombres... Y Jesús obedeció al ángel (Baruc) diciendo: Señor, todo lo haré.”

---

por ende, el característico de la *Gnosis* (carnal). A diferencia de los demás ángeles de Edén, posee Naás como peculiar suyo la *παρανομία* (26,22); con la *Gnosis* lleva al apartamiento de Elohim, a la apostasía. Véase también 26,28: ... “la *energía* de los ángeles maternos. Cuando le parecía a Hércules haber cumplido su obra, *únese* a él Onfale, esto es, Babel a *Afrodita*, seduce (*ὑποσώρει*) a Hércules y lo despoja de su potencia —las órdenes de Baruc que le había mandado Elohim— y lo reviste de su indumento, a saber: la *dynamis* de Edén (alude a la concupiscencia), que es potencia inferior. Así se desvaneció la profecía de Hércules y sus obras”. *Venus seduce* (*ὑποσώρει*) a Hércules.

<sup>44</sup> Cf. *Exc. ex Theod.*, 53,1.

<sup>45</sup> Cf. E. PETERSON, *Frühkirche, Judentum und Gnosis*, Rom (1959) 225, 227 ss. et passim.

<sup>46</sup> Cf. 26,21 y, sobre todo, 26,13.

<sup>47</sup> Que previene la dificultad de HAENCHEN, *a. c.*, 157 s.

¿Es que los profetas no fueron prevenidos? ¿Por qué, entonces, sucumbieron ellos, y no Jesús? En efecto,

“quiso Naás seducir también a éste, mas no pudo, porque permaneció fiel a Baruc”.

Volvemos a las preguntas. ¿Por qué los profetas no permanecieron fieles a Baruc? Varias razones cabrían en absoluto. Indico dos, arrancando de premisas antitéticas:

*Primera*, en la hipótesis de que Jesús, como quieren los críticos, sea hijo de José y María, ‘hombre nacido de hombres’. El pastorcito triunfó merced a un privilegio que le otorgó Baruc (resp. Elohim), *uniéndosele*; comunicándole en plenitud el espíritu de Elohim, antes que le invadiese la *energía* de Naás. No contento el ángel con revelar la economía de la salud, y preca-verle ante la seducción inminente del enemigo, se unió a Jesús<sup>48</sup>. Y en vez de advertirle desde fuera contra la invasión de la concupiscencia, ocupa —como ángel y *energía* de Elohim— a Jesús en cuerpo y alma.

La comunión entre Baruc y el hijo de José tuvo que anticiparse muchos años al Bautismo del Jordán, para salvar en forma sensible la inocencia del Joven de treinta años (cf. Lc 3,23), la presencia en él del espíritu de Elohim y su aptitud para anunciar el Evangelio del Bueno.

La inocencia de Jesús, superior a la de los profetas del A. T., fue enaltecida por el Evangelio de los Hebreos (=Nazareos?); mas no explicada.

Factum est autem, cum ascendisset dominus de aqua, descendit fons omnis spiritus sancti et requievit super eum, et dixit illi: “Fili mi, in omnibus prophetis expectabam te, ut venires et requiescerem in te. Tu es enim requies mea, tu es filius meus primogenitus, qui regnas in sempiternum”<sup>49</sup>.

Y más claro:

Si peccaverit —inquit— frater tuus in verbo et satis tibi fecerit, septies in die suscipe eum. Dixit illi Simon, discipulus eius: Septies in die? Respondit Dominus et dixit: Etiam ego dico tibi, usque septuagies septies. *Etenim in prophetis quoque, postquam uncti sunt spiritu sancto, inventus est sermo peccati*<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> Lo ha visto muy bien BAUER (*Leben Jesu*, 98), aunque el Libro de Baruc no lo diga explícitamente.

<sup>49</sup> JERON., *in Is. Comm. IV* ad 11,2.

<sup>50</sup> *Cont. Pelag.*, III, 2. La última frase figura igual en el *Judaicon* (Cod ev. 566). Véase E. PREUSCHEN, *Antilegomena*, Giessen (1901) 5 fr. 10;

La visita y comunión de Baruc —a los doce años de Jesús— explica la extraordinaria pureza del joven que a los treinta años se acercaba al Jordán.

Pero es razón insuficiente. No declara por qué aguardó Baruc a unirse al hijo de José, para triunfar del enemigo. ¿Qué reparo había en haberlo hecho con cualquier niño de doce años? Unido a Moisés o a cualquier profeta, habría logrado lo mismo que con el hijo de José.

*Segunda.* Baruc uni6se a Jesús, hijo del hombre, porque no era 'hombre nacido de hombres', sino Hijo natural del Bueno. Tal dignidad exigía la inocencia de Jesús. La persona divina no habilitaba a Jesús, en cuanto hombre, para su misión salvífica. Requería, en cambio, la infusión *plenaria* del espíritu de Elohim, en orden a su perfección dinámica. Por su medio, Jesús eliminaba *físicamente* la concupiscencia, y prolongaba el régimen de inocencia, disponiéndole —siempre en cuanto hombre— al Bautismo del Jordán.

He ahí la verdadera razón. Baruc no se unió a Moisés ni a los profetas, como se unió a Jesús, porque todos ellos eran hijos de pecado; todos sucumbían por necesidad al *jezer* o energía de Naás. Mientras Jesús, Unigénito del Bueno, debía ser ungido —como hijo del hombre (=en cuanto hombre)— para eliminar todo desorden, y disponerse a recibir al Espíritu del Bueno. A título personal, Jesús debía superar la energía del enemigo, en su carne. Pero a título *sólo* personal, no tenía *dynamis* alguna física que le santificara en cuanto hombre. Tal energía le vino de Baruc (resp. de Elohim), instrumento de la providencia del Bueno.

\* \* \*

Justino gnóstico retuvo el evangelio de Lucas, y ninguna razón hay para creer le mutilase en el Bautismo<sup>51</sup>. En consecuencia, si a los doce años Jesús recibió *plenamente* el espíritu de Elohim, mediante la comunión dinámica con Baruc; a los treinta acogió en el Jordán con igual plenitud el Espíritu característico del N. T., procedente del Bueno.

El gnóstico simplifica dos mensajes y dos experiencias. Los mensajes, diversos, del dios racional Elohim y del Dios Bueno. Y las experiencias, también diversas, de la comunión con Baruc

---

STRECKER, *Judenchristentum*, 179; y, sobre todo, J. JEREMÍAS, *Unbekannte Jesusworte*<sup>3</sup>, Gütersloh, 1963, 89 ss.

<sup>51</sup> Cf. HAENCHEN, *Das Buch Baruch*, 134, n. 0 (11) (13) y 139.

(=espíritu de Elohim) y con el Espíritu del Dios verdadero. Tócale al lector traducir aquellas palabras:

Y predica (oh Jesús) este mensaje a los hombres, y anúnciales lo relativo al Padre (Elohim) y lo relativo al Bueno. Y sube (por fin) al Bueno, y toma allí asiento con Elohim, el padre de todos nosotros.

Investido primeramente del espíritu (racional) de Elohim, en comunión invisible (cuanto a la psique racional) con Baruc, Jesús conoce la economía de Yahvé, se mueve a impulsos de su espíritu —sin conocer la concupiscencia (o *energía* del enemigo)—, y se dispone a recibir en su día el Espíritu del Bueno.

A los treinta años —con la inocencia de sus doce— se acerca al Jordán. Previamente dispuesto para el Bautismo del Bueno, le recibe, es iluminado por la plenitud de Su Espíritu, e inicia la revelación de los misterios.

\* \* \*

Las palabras de Baruc terminan con el vaticinio del *eschaton* de Jesús. Si se somete a Elohim y al Bueno, al uno en cuanto racional, al otro en cuanto Hijo suyo: a) lo racional tomará asiento con Elohim, (prob.) a su diestra; b) lo divino subirá al Bueno.

La tendencia de Justino a simplificar persiste aquí. Importaba asegurar el triunfo de Jesús sobre el enemigo, a partir de la edad crítica, a lo largo de toda la vida. Interesaba asimismo esclarecer la continuidad de las dos economías, de Elohim (en el A. T.) y del Bueno (en el N. T.)<sup>82</sup>. No está reñido Elohim con el Dios verdadero, ni conviene disociar el culto a Yahvé, aunque imperfecto, con el definitivo y perfecto al *Agathós*.

“Y Jesús obedeció al ángel (Baruc) diciendo: ‘Señor, todo lo haré.’ Y predicó.”

A nadie se le ocurrirá urgir esto último. Ningún pastor de doce años se lanza a predicar. Jesús acoge el mensaje del ángel, a quien debe audiencia en cuanto hijo del hombre. En su día, con el Bautismo del Jordán, revelará al mundo el mensaje íntegro.

\* \* \*

<sup>82</sup> Véase M. SIMONETTI, *Note sul Libro di Baruch*, 88.

A primera vista, el intento de seducción de Naás sobrevino a poco del diálogo entre Baruc y el pastorcito.

Quiso, pues, Naás seducir también a éste (=Jesús), mas no pudo, porque permaneció fiel a Baruc. Airado, pues, Naás por no haber logrado seducirle, hizo que le crucificaran.

Con libérrima cronología, resume Justino las dos coordenadas —relativas siempre a Elohim para lo racional, y al Bueno para lo divino—; y las dos tentaciones del enemigo a Jesús: *a)* a los doce años, a raíz de su comunión con Baruc; *b)* a los treinta, a raíz del Bautismo.

La primera tentación, mítica, se ha de poner al tiempo de las normales manifestaciones del niño púber. Jesús la superó, sintiendo en lugar del *jezer* el impulso libre de la mente a lo alto.

La segunda tentación, atestiguada por los sinópticos, carecía de interés particular para Justino.

Jesús no ganó la batalla contra la concupiscencia porque resistiera meritoriamente a la seducción del enemigo. La ganó sin mérito. El espíritu de Elohim se adelantó a invadirle en cuerpo y alma, antes que le afectara la energía del mal. La cláusula 'porque permaneció (Jesús) fiel (πιστός: 26,31) a Baruc' hase de traducir: 'porque Baruc —espíritu de Elohim— habitaba en su interior, dueño de él'. La segunda tentación ratificaba la inocencia de Jesús, y vino después de recibido, en cuanto hombre —también por don del cielo—, el Bautismo.

\* \* \*

La reacción del enemigo contra el Jesús del evangelio figura en San Lucas 4,13: "Acabado todo género de tentaciones, retiróse el enemigo de El hasta el tiempo determinado (ἀκρι καιροῦ)."

El καιρός indica el tiempo de la Pasión<sup>53</sup>. Justino, a primera vista, hace de la muerte en cruz secuela del fracaso de Naás ante el niño de doce años.

"Airado, pues, Naás por no haber logrado corromperle, hizo que fuera puesto en cruz (y muerto)."

La atribución de la muerte en cruz a maquinaciones del diablo es bastante general dentro y fuera de la gnosis. Los motivos concretos cambian de unos autores a otros<sup>54</sup>. Yo no encuentro paralelo exacto a Justino. El cual, una vez más, simplifica. No

<sup>53</sup> Puede verse M. STEINER, *Tentation de Jésus*, Paris (1962) 159 ss.

<sup>54</sup> Véanse en BAUER, *Leben Jesu*, 522 ss.

es creíble que el enemigo decidiera llevar a Jesús —niño de doce años— hasta el madero, por no haberle corrompido.

Naás comprobó a lo largo de la vida de Jesús, sobre todo durante el tiempo de su predicación, que lejos de sucumbir al mal, era vehículo del bien y actuaba con inusitada eficacia contra sus designios<sup>55</sup>. Al igual que el diablo evangélico, jamás entendió claro que el hijo de José y María fuera también Hijo de Dios. Y lo que no osó directamente contra Baruc (resp. contra Elohim), atrevióse a intentar contra Jesús, hijo del hombre<sup>56</sup>, en la creencia de que llevándole al madero tomaba definitiva venganza de él.

El (=Jesús), empero, habiendo abandonado al madero (πρὸς τὸ ξύλον) el cuerpo de Edén, subió al Bueno. Y diciendo a Edén: "Mujer, recibes a tu hijo (ἀπέχεις σου τον υἱόν)"<sup>57</sup>, esto es, al hombre animal y al terreno; y depositando (παραθέμενος) el espíritu en manos del Padre (cf. Lc 23,46), subió personalmente al Bueno.

Se yuxtaponen dos noticias. El enemigo ha querido apoderarse de Jesús, en cuerpo, alma y espíritu, llevándole a la muerte, igual que lo había hecho con los profetas y justos del A. T. En la creencia de que no era Hijo de Dios.

La absoluta inocencia de Jesús, el dominio sobre la concupiscencia, energía de Naás<sup>58</sup>, y sobre las demás pasiones oponíase a tal intento. Habría sido injusto que quien nunca rindió parias a lo animal y terreno, fuera a caer por medio de la muerte en poder del enemigo.

Sobre todo, tocaría en absurdo que el Hijo de Dios sucumbiera, en cuanto hijo del hombre, a manos de Naás.

La muerte en cruz atestiguó, por el contrario, el triunfo de Jesús sobre el enemigo. Ya antes de que Naás se apoderase de él por el camino ordinario de toda carne, adelantóse Jesús con un acto soberano de su voluntad a despedir a cada uno de sus componentes.

En primer lugar abandonó a la muerte (y corrupción) lo que a Edén debía: el cuerpo y la psique irracional. Edén estaba representada por María, su madre. Y dirigiéndose a ella con palabras de Io 19,26, le dijo: "Mujer, recibes a tu hijo", al hombre animal y al terreno. Aquí no interviene Juan. El hijo de María, que Jesús consigna a su madre, es su propio cuerpo y alma terrenos: todo aquello que procede de Edén. Lo que es de tierra, en tierra

<sup>55</sup> Cf. SAN JUSTINO, 2 Apol 6.

<sup>56</sup> Véase últimamente *Evang. Veritatis* 18, 21 ss. Cf. S. ARAI, *Die Christologie des Evangelium Veritatis*, Leiden (1964) 90 ss.

<sup>57</sup> Cf. Io 19,26. Véase HAENCHEN, *Das Buch Baruch*, 134, n. 4 (13).

<sup>58</sup> Título, para el enemigo, de posesión sobre todos los mortales.

se ha de convertir. Lo terreno de Jesús no hace excepción. Receptáculo ocasional del espíritu de Elohim, y singularmente del Hijo de Dios, había cumplido su misión.

Justino se aparta de muchos gnósticos. El Hijo de Dios —según él— no ha de salvar todo lo que asumió. Está obligado a no contaminarse con lo asumido; mas nunca a retenerlo para siempre. Llegada la hora del triunfo, devuelve a la tierra lo insalvable. Jesús no volverá a tomarlo en la resurrección. La carne y lo irracional son incapaces de vestir la incorruptela, y aun de permanecer indefinidamente en vida<sup>59</sup>.

En segundo lugar, Jesús decide, *a su voluntad*, del espíritu, sustrayéndole al enemigo. Justino piensa en Lc 23,46: "Padre (Elohim), en tus manos encomiendo mi espíritu." Entrega en depósito el alma racional que de Elohim recibiera al nacer. El *pneuma*, como entre los valentinianos itálicos<sup>60</sup>, no es el Espíritu del Bueno, sino lo racional del creador.

En último lugar, después de haber consignado al cielo (Elohim) y la tierra (Edén) los componentes de su natura humana, el propio Jesús, Hijo de Dios, sube al Bueno. Justino lo atestigua dos veces.

En forma implícita, niega el descenso de Jesús al Hades. ¿Quiere eso decir que la muerte de Jesús carece de eficacia sobre los difuntos?

En modo alguno. Algunos gnósticos solían situar la región de las almas difuntas encima de la tierra; muchos paganos colocaban el Hades en alguno de los cielos<sup>61</sup>. Podía en absoluto la persona de Jesús liberar a los difuntos, de camino para el Bueno; y haber asumido el espíritu de Elohim, en alguno de los cielos planetarios, a su bajada para la Encarnación.

Los ángeles de Elohim no habían logrado acompañar a su Padre a la región del Bueno (26,14-16). Y permanecieron tal vez en la zona del Zodíaco, como los Doce signos. ¿Hay reparo en que las almas racionales, separadas, antes de la muerte de Jesús fueran retenidas por los Doce ángeles de Edén (resp. por Naás) en alguno de los cielos inferiores, sin libertad para acompañar a los ángeles paternos, sus hermanos?

Más arduas se ofrecen otras preguntas. La vida y muerte de Jesús ¿tienen verdadero valor en orden a la Salud de los hombres? Y si le tienen, ¿cuál?

\* \* \*

<sup>59</sup> Véase BAUER, *Leben Jesu*, 253; HAENCHEN, *a. c.*, 158.

<sup>60</sup> *Exc. ex Theod.*, 62,3.

<sup>61</sup> Véase *Exc. ex Theodoto*, 18,1. Cf. FR. CUMONT, *Recherches sur le symbolisme funéraire des Romains*, Paris (1942) 104 s., 117, 118 (en la atmósfera); en la región inferior de la atmósfera; 139, 200 (entre la luna y el sol)...

Diríase que, según el Libro de Baruc, la obra soteriológica de Jesús está de más. Mucho antes de él, había Elohim subido al Bueno (26,14 s.), señalando a todos el camino de la salvación.

En efecto, una vez que el Padre (Elohim) subió al Bueno (πρὸς τὸν Ἀγαθόν), mostró el camino para los que quieren subir; y con la separación de Edén dio comienzo a los males del espíritu paterno inherente a los hombres (26,23 s.).

En rigor, no se apartó Elohim de Edén, como da a entender el texto, sino que Edén no quiso seguir a Elohim en su ascensión al Bueno<sup>62</sup>, y se perdió. Como quiera, el misterio de la salvación, a fiarnos de estas líneas, descansaría en imitar a Elohim, el cual señaló el camino a quienes deseen seguirlo.

La cosa no es tan simple. Los doce ángeles de Elohim acompañaban al padre, en su ascensión al Bueno; pero se quedaron afuera. Quisieron entrar, mas no se lo permitieron.

Elohim fue benévolamente acogido por el Bueno. La generosa acogida que a él le dispensó el Bueno, por haber despreciado las solicitudes de Edén (res. de la sensualidad, de la materia), se la dispensará también —siempre el Bueno— a cuantos como él desprecien los halagos de la carne (resp. de lo terreno). Es la única lección de Elohim. Quien juntamente pudo comprobar la condición precaria en que abandonaba a los suyos a merced de Edén. El problema que dejaba pendiente era grave. Elohim nunca había vivido en condiciones de inferioridad respecto a Edén. Como quedaban sus hijos, respecto a los de Edén. El ascenso al Bueno habíale sido muy fácil; pura gracia. Pero en las condiciones hodiernas de esclavitud del espíritu a la materia (cf. 26,24 s.), en las cuales hasta individuos como Moisés y los profetas sucumben, ¿basta querer para seguir el camino de Elohim?

A vista de la situación en que permanecía su espíritu, prisionero de la materia, al mismo Elohim, recién entronizado por el Bueno, ocurriósele destruir el mundo para liberar a sus hombres.

Y el Padre (Elohim) dijo al Bueno (cf. Deut 9,16; Gen 6,3): "Permíteme, Señor, destruir el mundo que he creado. Pues mi espíritu está prisionero entre los hombres (ἐνδεδεταί εἰς τοὺς ἀνθρώπους)<sup>63</sup> y quiero recobrarlo" (26,17).

Tan no basta haber Elohim indicado el camino a los suyos, que ni siquiera entiende haya otro medio de redención para su espíritu, que el de la destrucción del mundo.

<sup>62</sup> Véase arriba, p. 442 (según 26,14, fin): "Porque siendo como era tierra, no quiso acompañar arriba al marido (Elohim)."

<sup>63</sup> Dentro de los hombres, lo racional en lo terreno.



Se impone un Salvador, enviado por el Dios Bueno. Alguien capaz de redimir a los hombres redimibles, sin destruir el mundo. Con eficacia para arrancar directamente del poder de Edén (resp. de Naás) a los justos, deseosos de imitar a Elohim y encumbrarse como él al Bueno. A tal fin ha de presentarse al mundo un personaje, muy superior a los simples profetas<sup>64</sup> y a su dios. Este se encumbró hasta el Bueno, liberándose del impulso a la materia (resp. a Edén), por gracia, nunca por fuerzas naturales. Igualmente, para que un hombre se levante hasta el Dios sumo, hace poco el ejemplo o la voluntad de Elohim. Nadie da lo que no tiene. Ni Elohim la gracia de volar hasta Dios.

En consecuencia, ha de venir como Salvador, el Hijo del Bueno, con igual poder que el *Agathós*, con energía para romper las prisiones que sujetan el hombre a la materia; y para encumbrarle hacia El.

El Hijo del Bueno, superior a humanas pasiones y a las leyes de la materia, tiene doble eficacia:

- a) *redentora*, para liberar lo racional de lo irracional humano;
- b) *salvadora*, para introducir lo redimido, a la región definitiva del Bueno.

Ambas cosas podría tal vez lograrlas en absoluto: 1) redimiendo *desde fuera* el espíritu de Elohim, de los lazos de Edén; e introduciendo *desde fuera* al interesado en la región de Dios. O también: 2) redimiendo en su persona, *dentro de sí*, el espíritu de Elohim; e introduciéndole consigo al interesado en el seno del Bueno.

Justino gnóstico escogió el segundo camino, el camino de la Encarnación. El Hijo de Dios asume en su persona el espíritu de Elohim y se deja 'en apariencia' aprisionar, naciendo 'según la carne' de la virgen María. Sólo así triunfa, desde dentro, de su propia carne, previniendo la concupiscencia, redimiendo mediante el Espíritu del Bueno al de Elohim —siempre en Su persona— y dotándole de vigor (divino) para que se encumbre, a la hora de morir, hasta el Bueno.

La vida y acciones de Jesús tienen valor universal, como de Unigénito venido al mundo para salvar al hombre. En cuanto hijo del hombre, lo lleva todo a cabo por amor al hombre, con absoluta eficacia para cuantos crean en El.

En particular, redimió a los racionales (=espíritu de Elohim)

---

<sup>64</sup> Que se revelaron incapaces de redimir el espíritu de Elohim, de manos de Edén (resp. de la creación perversa). Hacer consistir la redención —como indica Haenchen (*a. cc.*, 157)— en huir de la *κρίσις* (=πλάσις) perversa, es contentarse con un elemento muy genérico, común aun a las gnosias paganas.

desde la cruz, en virtud de su querer soberano. Al decir a Edén: "Mujer, (ahí) recibes a tu hijo", no contento con expresar un deseo —a saber: que la tierra tomase lo que le pertenece y soltara al espíritu—, *hizo lo que dijo*. Lo hizo, por ser Hijo de Dios. Igualmente, al depositar el espíritu en manos de Elohim, mediante las palabras (de Lc 23,46), implícitas en Justino, no manifestó simplemente un deseo, sino que *encomendó* con soberano poder su espíritu —y el de todos aquellos a que, mediante la fe, se extiende la virtud de la cruz— en manos de Elohim.

Los 'misterios' de iniciación tendrán su eficacia; pero siempre subordinada a la del salvador Jesús<sup>65</sup> y gracias a Su Pasión y muerte ('secundum carnem').

Sólo el Hijo de Dios era capaz, con su verbo omnipotente, de redimir el espíritu hasta entonces esclavizado; y de extender a todos los justos el beneficio de lo que obraba en Su persona. La efusión de la sangre y los dolores de la Pasión tenían verdadero valor en la *staurológia* de Justino. Además de revelar la verdad de su carne (pasible y mortal), abrían al Hijo de Dios las puertas para el imperio de la muerte, y hacían posible Su triunfo sobre ella<sup>66</sup>.

He ahí el misterio de la economía oculta en Jesús, desde su origen de la virgen María hasta su muerte en la cruz.

Justino deja entrever infinidad de perfiles. A la redención del espíritu de Elohim tuvo que agregar el impulso (positivo) hacia el Bueno. Lo racional, físicamente improporcionado, sólo puede adentrarse en su región *por gracia del Bueno*, por un impulso indebido, superracional. Aquí debió de intervenir el Espíritu (divino) del Salvador. Jesús merecería, con la muerte en cruz, al espíritu (racional) el don necesario para subir al Bueno.

Las analogías de Justino con otros gnósticos lo persuaden. Pero los textos callan. En todo caso, la muerte en Cruz tuvo eficacia a favor de los hombres, como Muerte del Hijo de Dios, en cuanto hombre. A diferencia de ella, la resurrección 'secundum carnem' no tenía —para Justino— objeto. El cuerpo y alma terrenos tornaban para siempre a su origen. Salvado el espíritu de Elohim, quedaba a salvo el hombre.

Eliminada por imposible la *anástasis* de la carne, dos perspectivas se abren a la suerte inmediata de Jesús hombre, y de los hombres por El redimidos:

<sup>65</sup> Igual que entre valentinianos y basilidianos. HAENCHEN (*a. c.*, 154) los sobreestima (27,1 s.).

<sup>66</sup> Corregir según eso la impostación de HAENCHEN, *a. c.*, 158.

a) lo racional de Jesús, el espíritu derivado de Elohim, irá a manos del Padre (Elohim);

b) la persona divina, el Hijo, se adentrará en el Bueno. Como ya Elohim está junto al Padre (26,18), también lo racional de Jesús subirá —dotado quizá del Espíritu de Dios— a la región misma del Bueno.

Dígase algo parecido de los redimidos por Jesús. En su día se encumbrarán derechamente a donde les vive Elohim, en el seno de Dios. La Salud no puede ser más sublime. Entrarán a gozar como 'lo racional' de Jesús, junto con Elohim, la compañía del Dios supremo.

Queda, sin embargo, un perfil. Jesús no encomendó su espíritu directamente a Elohim (26,32), sino *en las manos* de Elohim. Lo depositaba, por debajo del cielo supremo, *en poder de los ángeles* de Elohim. *Las manos*, símbolo muchas veces de la virtud, indican esta vez —respecto a Elohim— los ángeles por cuyo medio se deja sentir. Tal aspecto rima muy bien con una idea general entre gnósticos. Las almas racionales irán congregándose, a raíz de la muerte, en un sitio de paso, a cargo de los ángeles de Yahvé; para en la final *synteleia* ascender juntos —ángeles y hombres— a la región del Dios Bueno, donde les aguarda el padre Elohim.

Los racionales aguardarán en una región infradivina hasta que muera el último de ellos. A la hora de la consumación, ángeles y hombres (espíritus de Elohim) atravesarán —presididos quizá por el espíritu de Elohim, inherente un tiempo en Jesús— la puerta del Señor (Ps 118,20) e irán a Elohim, sentado a la diestra del Bueno (26,16 s., cf. Ps 109,1), para gozar con él de la compañía de Dios.

## CONCLUSION

La cristología del gnóstico Justino ofrece puntos de interés. Recuerda, en general, bastante a las clásicas familias heterodoxas de Valentín y Basílides. Y 'salvo meliori' tiene poquísimo de común con el ebionismo.

En primer lugar, según el *Libro de Baruc*, Jesús es hijo de José y de María en el sentido de Lc 2,48, donde con bastante probabilidad se inspira. El empleo del tercer evangelista, la impostación de la visita de Baruc al pastorcito Jesús, y sobre todo el análisis del fragmento (Ref V 26,29-32) orientan ahí. Jesús, hijo de la virgen María, esconde —además de los elementos humanos— uno divino, la persona del Hijo de Dios. En cuanto

hombre, no se distingue *físicamente* de los demás; como ellos, posee cuerpo de carne, alma irracional y espíritu racional.

Justino silencia las noticias de Lucas. Entre ellas, la encarnación. Pero la supone. Y añade por cuenta propia el encuentro (mítico) entre Baruc, ángel de Elohim, y Jesús, pastor nazareno de doce años. El análisis del diálogo descubre la razón de tan curioso encuentro. Por su dignidad de Hijo de Dios (y salvador de los hombres), Jesús se libra de la concupiscencia que acompaña y contamina a los demás —aun a los profetas—, inhabilitándolos para redimir y salvar a otros.

La antropología de Justino dista de la valentiniana. Todos los hombres son iguales. Todos están llamados a una Salud gratuita, en el reino superracional del (Dios) Bueno. La salvación de Jesús afecta a los hombres; mas no en su integridad, sino en su parte racional (=espíritu de Elohim). El cuerpo, abocado a la corrupción definitiva, no se salva. Ni siquiera el de Jesús, a pesar de su origen de María virgen.

A diferencia de muchos gnósticos, el Hijo de Dios no tuvo reparo en asumir un cuerpo de carne, condenado a la disolución. Le asumió temporalmente, como instrumento humano de convivencia en el mundo, como receptáculo del racional llamado a la salud, y como medio de morir en cruz, para nuestra redención (resp. victoria sobre el enemigo). En la cruz, adelantándose a la muerte, Jesús abandonó para siempre su cuerpo y alma terrenos (lo irracional), consignándoselos a su madre, de quien los recibiera. Encomendó su espíritu (=alma racional) *a manos de Elohim* —a los ángeles racionales, virtudes de Elohim— a fin que se lo devolviera en su día para adentrarlo definitivamente en el reino del Bueno. El, personalmente, *subió* (sin bajar al reino subterráneo) hacia el Bueno.

Así *redimió* Jesús al hombre del enemigo, que le aprisionaba en la tierra; y le *salvó*, dotándole (quizá) de un principio divino, para que se encumbrara —en la final *synteleia*— al reino del Bueno. Todos los hombres están llamados, en cuanto racionales (=hijos de Elohim), por gracia inmerecida, a la compañía del Bueno.

Mayor importancia que la muerte en cruz adquiere en Justino la crucifixión misma. Desde la cruz triunfa el Hijo de Dios, en cuanto hombre, de su enemigo, repartiendo —merced a su voluntad soberana— los elementos entre sus regiones de origen <sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> Según la ley suprema de *φολοκρίνησις*, especialmente sensible en el Basílides de Hipólito (Ref VII, 27,12); y también entre los valentinianos (cf. Iren II, 14,4).

'Ipso facto' queda libre (redimido) el espíritu o racional, dispuesto a encaminarse hacia el Padre.

La redención rigurosa no basta a la Salud. Jesús sube por virtud propia —como Hijo de Dios— al Bueno. No contento con trazar el camino al espíritu de Elohim, hace méritos —mediante su Pasión— para que todos los hombres, devotos simultáneos de Elohim, su padre, y del Bueno, su Dios, se encumbren sobre sus propias fuerzas y sean gratuitamente admitidos —como Elohim— en el reino del Bueno.

El dominio que otorga a la concupiscencia, bajo el régimen de Edén (lo irracional y femenino) sobre la tierra, antes de la venida de Jesús, contrasta con la eficacia redentora y salvífica de la muerte del Hijo de Dios en cruz.

ANTONIO ORBE, S.J.

Universidad Gregoriana. Roma.